

## Murcia

Teresa Gris Hernández, 62 años

Clara García Peñalver, 20 años

### LA REINA LLORONA

Érase una vez en Murcia, una familia muy pobre que tenía seis hijos. Todos ellos vivían en una casa pequeña y vieja, tan vieja que cuando llovía, tenían que poner muchos cubos para recoger el agua que caía del techo. Como los niños no tenían juguetes, se divertían escuchando las gotas de agua caer: plin, plon, y no dormían en toda la noche.

Uno de los hijos de la familia era una niña a la que sus padres y hermanos llamaban “tonta y llorona”, porque se pasaba el día entre lágrimas: lloraba si le manchaban el vestido, lloraba si se le caía un vaso...

Llegó un día en que la familia no tuvo más dinero para pagar la casa donde vivían, y se tuvieron que ir. Entonces los padres mandaron a cada uno de los hijos a dormir a otra casa. La niña lloraba porque no quería separarse de su familia, porque la casa donde tenía que ir era un sitio extraño donde no la trataban bien, y porque sólo tenía ocho años. Pero el padre, que era muy serio y autoritario, insistía, y ella obedecía, como siempre.

La niña fue muy poquito tiempo al colegio, tan poco, que pudo aprender a sumar y restar, pero no tuvo tiempo para aprender a dividir. Como sus padres necesitaban dinero, la mandaron a hacer de criada a casa de una señora, y ya no pudo ir al colegio nunca más. ¡Imaginad tener que limpiar y cuidar de la casa con sólo diez años! Además, dormía en un sótano y comía mendrugos de pan. Ella lloraba y rogaba por no ir, pero no podía escabullirse, y entre lágrimas cumplía sus tareas.

Un día se convirtió en mujer, y empezó a tener desmayos casi todos los meses. Fue al médico y le dijo que tenía epilepsia, una enfermedad que provoca que te desmayes de repente y que todo tu cuerpo se agite sin control mientras estás inconsciente. Además, causa daños en el cerebro, así que empezó a tomar muchas medicinas.

Con el tiempo se echó un novio, y estaba muy contenta. Ya pensaba que se casaría, tendría su casa y formaría una familia. Hasta que un día el novio dejó de ir a verla. Tiempo después ella supo que su familia no quería que estuviesen juntos, decían que ella necesitaba un hombre bueno que la cuidase porque estaba enferma. Nunca se volvieron a ver, en esos tiempos era muy importante hacer caso a la familia, y las chicas no podían decidir. Más tarde le buscaron un marido y la casaron. Ella llegó a la boda con los ojos rojos de tanto llorar.

La niña, que ya era adulta, tuvo cuatro hijos. Su marido era portero en un edificio, y ellos vivían en el último piso. De vez en cuando, subía a la azotea y se quedaba mirando al infinito, por encima de los tejados, pensando en su enfermedad y sus problemas. Creía que si salía de casa la gente notaría que estaba enferma y se la quedarían mirando, por eso dejó de salir. En aquellos años no se sabían tantas cosas sobre las enfermedades como se saben hoy, y ni ella misma llegaba a entender lo que le pasaba. Todo eso la ponía triste, muy triste. Perdió la ilusión por todo, y se pasaba semanas sin levantarse de la cama, sin arreglarse. Y llorando.

Ella seguía siendo pobre, y se tenía que vestir con la ropa que le regalaban. Aprendió sola a bordar y a hacer ganchillo, con tanta habilidad que siempre estaba cosiendo y haciendo arreglos, y así sacaba algún dinero. Como estaba muy enferma, pedía ayudas al Estado para poder vivir mejor, pero en aquel tiempo la epilepsia no se consideraba una enfermedad, y no recibía nada. Por culpa de las crisis epilépticas se le partió la lengua y tuvo que ponerse dentadura postiza muy joven.

Después de muchos años de llantos y tristezas, su marido se jubiló y sus hijos la convencieron para irse a vivir al Cabezo de Torres, un pueblo cerca de Murcia. Se compró una casita; “Lo único que tengo mío; yo nunca he tenido nada”, decía.

Al poco se convirtió en la Reina de los Carnavales, dejó de tener tantas crisis, empezó a salir, a arreglar-

se, a bailar en el centro de mayores. Hizo muchos amigos, y volvió a verse guapa. Y lo más importante de todo: dejó de llorar, porque ya no encontró motivos.

Y el cuento, en lugar de acabarse, empezó a partir de entonces.

## **LO IMPORTANTE DE LA VIDA**

Cuando me encontré por primera vez con la protagonista de este cuento, estaba nerviosa porque no sabía qué historia me contaría. Llegué al centro de mayores, y tímidamente pregunté por ella. Una voz muy alegre me contestó: “¡Soy yo!” y al mirar vi a una mujer risueña, simpática y parlanchina. Nada me hacía pensar que tuviera una historia tan inmensa y con tantas lágrimas detrás.

Resulta muy complicado imaginar lo difícil que tuvo que ser padecer epilepsia hace 50 años, con medicamentos muy destructivos, con la marca social que supone una enfermedad crónica. Ella misma me decía que ya no tenía más lágrimas, que se le habían secado. Me costó olvidar estos días de tecnología robótica e investigaciones médicas punteras, y trasladarme a una época en la que el médico te recetaba unos medicamentos poco desarrollados mientras se fumaba un cigarro en la consulta.

Pero lo que me resultó más admirable de esta mujer tan fuerte, fue el valor que tuvo para cambiar su vida, aparcar 40 años de amargura y salir al mundo, diciendo “Ahora me toca a mí”. Lo conmovedor de este cuento, y del cuento de todos, no son las miserias, sino la alegría que llega cuando ya estás harto de sufrir y escoges la vida que quieres vivir.

Ésta fue la historia que me contó Teresa Gris, la Reina del Cabezo de Torres, y que nunca voy a poder olvidar.

Teresa me transmitió que lo importante de la vida es darse cuenta de quién eres, pero sobre todo de lo que puedes llegar a ser y de lo que puedes hacer con tu vida si tienes valor para cambiarla. Ella me ha demostrado que el destino no está escrito, sino lo escribes tú.

Con 60 años, decidió que era hora de empezar a vivir, dejó de esconderse y de llorar. Tuvo el valor de salir a la calle y de enfrentarse a sus propios temores, y lo que encontró fue mucho más de lo que había esperado: fue feliz.

Teresa tiene planes para el verano: irá a la playa, cuidará de sus nietos... y aunque su reinado en los carnavales termine en otoño, ella continuará siendo la Reina de su propia vida, sin que nadie le mande lo que tiene que hacer, porque ahora es el momento de que ella dirija su vida, y de que ría todo lo que lloró durante tanto tiempo.